

Pocos momentos habían pasado, cuando la tripulación estaban reunida y aguardaba con señalada impaciencia las palabras de Colón.

—Quiero daros una prueba más de mi confianza, porque espero premiar vuestra conducta. Ya sabeis que muy pronto vendrán bajeles que han de conducirnos á la Española, y no quiero que vayamos solos; deseo que regresemos todos, todos los que hace algun tiempo eran vuestros compañeros. Interpretando los grandes y hermosos sentimientos de nuestros reyes, acabo de perdonar á los que, olvidándose de sus deberes, abandonaron estos buques. Los oficiales Enriquez y Oquendo van á participarles mi resolucio-

El entusiasmo fué inmenso, y las palabras de Colón se perdieron en el grito unánime de ¡Viva el almirante!

## Capítulo LXX.

Donde los rebeldes vuelven á hacer de las suyas.

Aquel viva unánime y entusiasta electrizó los corazones de los jóvenes oficiales Enriquez y Oquendo.

Las circunstancias que les adornaban eran las mejores para obtener un éxito lisonjero.

Su carácter modesto, franco y expansivo les había granjeado la voluntad de cuantos les trataron en las naves, y hasta los hermanos Porras, que tan escasos eran de afectos generosos, los miraban con particular predileccion.

Ellos conocian el ascendiente natural que ejercian sobre los rebeldes, y la seguridad del triunfo les alentaba en su difícil empresa.

—Marchamos ya,—dijo Enriquez,—á cumplir las órdenes de nuestro almirante, y vamos en la confian-

za de que si acertamos á interpretar sus sentimientos, si damos á entender á aquella gente la magnanimidad de su corazon, les arrastramos desde el momento en que nos oigan.

—Procuraremos ser dignos mensajeros de nuestro esclarecido jefe, —añadió Oquendo, —y si no conseguimos vencer su resistencia, cúlpenos, porque los ofrecimientos que vamos á hacer les hablarán con más elocuencia que los discursos más fogosos y vehementes.

—Marchad, pues, —continuó Colon; —marchad, y decidles que el rencor jamás se albergó en mi pecho; que cuantas ofensas me hayan hecho se las perdono y las olvido, porque no quiero considerarlos como traidores; quiero verlos como extraviados, como alucinados por una idea; pero que han reconocido su falta, y que no sólo no la repetirán, sino que con su noble conducta lo borrarán indeleblemente.

Y los jóvenes partieron.

Su expedición debia ser muy breve, porque era corta la distancia que los separaba de los sublevados.

Y confiaban tanto en el maravilloso efecto que habia de producir su proposicion, que no se cuidaban de la forma en que habian de presentarla.

¡Es tan dulce el dar la libertad! ¡Es tan dulce el consolar al angustiado! ¡Es tan dulce una reconciliacion generosa!...

Todas estas consideraciones se agolpaban á la mente de aquellos jóvenes, y sólo pensaban en estrechar la mano de sus antiguos compañeros.

Se aproximaban ya al sitio donde debian encontrarlos, y su impaciencia subia de punto.

Pero entre los jefes de los rebeldes se agitaban siempre un presentimiento.

Era el presentimiento de lo que ya comenzaba á suceder.

No desconocian su grave falta, y sentian el peso de una conversion mancillada.

Ellos, pues, debian ser los primeros que distinguiesen á los mensajeros.

Y lo fueron en efecto.

—Allí vienen, allí vienen, —dijo Francisco Porras á su hermano.

—Sí, es gente de la nave.

—¡Pero son dos! ¿Qué querrán?

—Otros dos les acompañan.

—¿Si vendrán á reunirse?

—No, no lo creo; me lo dice el corazon.

—Ya se aproximan.

—Es él, si es él.

—No lo conozco.

—Es Enriquez, nuestro jóven amigo.

—Pues no dudo ya: viene, viene á unirse; querrá compartir con nosotros su suerte, estará fatigado de tanto sufrimiento.

—¡Poco alivio encontrará á su quebranto!

Y mientras los hermanos Porras sostenian este animado diálogo, se iban separando de su gente, porque á pesar de la confianza que les inspiraba su amigo, no les gustaba su visita.

Era natural que así sucediese.

Los hombres á quienes habian seducido estaban cansados de tanta fatiga, de tanta incertidumbre, y empezaron á dudar, ó mejor dicho, llegaron á persuadirse de que su fuga habia sido estéril.

Ignoraban lo que pasaba en las naves; pero les constaba que no habia ocurrido en ellas ninguna desgracia, y creian que estaban ya provistas de recursos y preparadas quizá para regresar á la Península, ó para marchar á la Española.

— Bien por los valientes, — dijo Francisco Porras, dirigiéndose á los oficiales que se les acercaban.

— Salud á mi antiguo capitan y á su hermano don Diego.

— ¿Cómo entre nosotros? — añadió don Diego, mostrando en sus palabras gran impaciencia.

— Somos enviados, — exclamó Oquendo.

— ¿De quién?... ¿Sois por ventura enviados del almirante?

— El nos manda, y le obedecemos con placer inmenso.

— Colon es nuestro enemigo, — dijo el capitan Porras, — y enemigo irreconciliable, de quien no admitiremos proposicion alguna.

— Sin embargo, cuando os convenzais de que estais engañados, pensareis de otro modo y escuchareis nuestras palabras.

— Nunca, — dijo don Diego, — nunca creeremos en Colon. Si vosotros le creéis, yo os felicito por vuestra candidez, pero no os envidio.

— ¡Caballero! Apelo á vuestra buena fé, apelo á nuestra antigua amistad, apelo al nombre de españoles...

— Si, — dijo el capitan Porras, — ese nombre de españoles me conmueve; pero Colon no es español: es un advenedizo á nuestra patria, es un aventurero que nos lanzó en una empresa funesta para nuestra suerte.

— No discutamos la pericia de nuestro almirante, — añadió Oquendo. — Para nosotros es muy respetable.

— ¡Calmaos! ¡Calmaos! — dijo Enriquez. Si conociérais á Colon como yo le conozco, de seguro que os arrepentiriais de vuestra conducta y que os reconciliariais con él.

— Pues acabad. Decid vuestra mision.

— Esperamos de un dia á otro los buques que han de conducirnos á la Española, y el almirante no quiere privaros de la dicha de volver á vuestra patria; y para que vuestra ventura sea completa, no quiere ofreceros las naves de que va á disponer sin perdonar á todos, absolutamente á todos, la falta que cometieron.

— No queremos su perdon.

— Acordaos de que es vuestro jefe, y de que sus sentimientos son nobles; de que al perdonar olvida, y al reconciliarse con vosotros os volverá el gran afecto que os profesaba.

Estas palabras impresionaron vivamente á los dos hermanos.

Es de tal condicion el hombre, que aun en los momentos de más indiferencia ó de mayor encono, las frases de amor le hieren y le sojuzgan.

Pero les faltaba creerlas.

Ellos conocian mejor que nadie la extension de su delito, y no podian comprender que el hombre á quien más directamente habian ultrajado se prestase á devolverles su gracia.

Y sin embargo, era tal la sinceridad y la franqueza que revelaba el lenguaje de aquellos jóvenes, que los hermanos Porras llegaron á vacilar.

Se retiraron á consultar con sus favoritos sobre las proposiciones que se les hacian; pero procuraron presentárselas revestidas de desconfianza, y hacerles ver que era un lazo que les tendian para aprisionarlos.

Con esta táctica malvada, y evitando que se hallasen con los embajadores, acordaron contestarles que no tenian el menor deseo de volver á los buques, ni de marchar á la Española, porque la vida libre que hacian era para ellos preferible á las eventualidades que les aguardaban uniéndose á Colon; pero que si les daba uno de los buques que le enviasen, ó si lo compartiese con ellos, en el caso de ser uno solo y de convenir á sus nuevos planes, se portarian pacíficamente.

Esta contestacion indignó sobre manera á los jóvenes oficiales, que estaban animados de los sentimientos más nobles y generosos.

Así que les manifestaron franca y valientemente que tales condiciones no podian admitirse.

Y los rebeldes replicaron, con la audacia que dá á los cobardes la superior y ventajosa posicion que ocupan en ciertos instantes, que si no las aceptaban de buen grado, las aceptarían de por fuerza.

Mientras se celebraban tales conferencias, no pudo ocultarse á la gente capitaneada por los Porras el asunto de que se trataba, y la mayoría acogió con júbilo la idea de volver á las naves, amnistiados de su delito y rehabilitados ante su antiguo jefe por el perdón más absoluto.

Así que Francisco Porras comprendió la actitud de su gente, se apresuró á convencerles de que lo que pensaban era un imposible, y aprovechando el espíritu supersticioso que entre ellos dominaba, les dijo que Colon era un mago que habia engañado aún á los mismos que le acompañaban, asegurándoles que la visita del bajel habia sido un sueño, una quimera, una verdadera vision, y que por eso no se habia acercado, ni habia pasado á bordo hombre alguno.

Estas consideraciones acabaron por convencer á aquellos desgraciados de que todo lo que se les proponia era una farsa, inventada para sorprenderlos y arrastrarlos á las naves.

Y para comprometerlos más y más, marchó á una poblacion india, proponiéndose pasar desde allí á los buques de Colon, con el objeto de hacerle prisionero y de apoderarse de todos los viveres, armas y recursos que en ellos encontrase.

— Nunca más. Sea cual fuere el éxito de vues-  
tro cometido, siempre habréis de regresar en la noche